

La campaña de Bildu

JAVIER ZARZALEJOS

Hacer de Bildu una garantía y del Partido Popular un peligro revela el deslizamiento de los socialistas hacia una estrategia sectaria con la que ellos mismos se están derrotando

Menos mal que el lehendakari Patxi López no quiere hacerle la campaña a Bildu porque si creyese que había que echarle una mano a la coalición abertzale mejor no imaginar lo que se le podría ocurrir. No se entiende que López quiera redondear en las generales el fracaso que los socialistas vascos han cosechado en las elecciones municipales y forales. Pero se ha puesto a ello con un afán renovado buscando estérilmente que el electorado que huye del Partido Socialista reconozca sus esfuerzos.

De la mano de López, Bildu, Amaiur, o lo que se inventen, siguen ocupando el centro de la escena. Cada acto de cualquiera de las organizaciones del andamiaje abertzale ha sido amplificado sin razón objetiva. En la convención que los socialistas celebraron el pasado fin de semana ETA y sus presos se llevaron los titulares. Todo coincidencia, desde luego, pero coincidencia feliz para la proyección que, al parecer, los socialistas quieren en su campaña.

Con el pretencioso decálogo sobre pacificación, expuesto por López en el Parlamento vasco, no hizo otra cosa que seguir practicando de manera vergonzante un doble juego cada vez más visible a base de decir una cosa y su contraria, de afirmar un principio en una párrafo y desactivarlo en el siguiente. Es verdad que el lehendakari, maestro de la táctica, reproduce parcialmente una expresión utilizada por Aznar en 1998 a propósito de la política penitenciaria para protegerse frente a las previsible críticas que suscitaría su apelación al acercamiento de presos de la banda terrorista. Pero ni por esas: el contexto manda sobre el texto y es el contexto que López ha ido creando el que da el verdadero significado y el auténtico alcance a sus palabras.

No menos llamativo es que se siga glosando las excelencias del conocido como Acuerdo de Gernika y que ese documento no sólo constituya el plan de acción del nacionalismo radical fagocitado por Batasuna. Lo que resulta inexplicable es que ese documento haya sido también asumido por otros como la medida de las exigencias a ETA, a Bildu y sus satélites. ¿La Constitución, el Estatuto, la condena del terrorismo y el reconocimiento de sus víctimas, la lealtad institucional mínima de quien quiere participar en las instituciones? No, lo que se le exige es cumplir con el Acuerdo de Gernika, un documento de la propia cosecha abertzale al que se ha convertido en la referencia normativa y política por la que medir a la izquierda abertzale.

Hacer de intérpretes autorizados de los documentos abertzales ya puede resultar bastante grotesco. Pero lo peor es no darse cuenta de que las exigencias del Acuerdo de Gernika no recaen sobre sus autores sino sobre los demás, sobre nosotros, y que ellos, no nosotros, son los que exigen su cumplimiento con todas sus «soluciones negociadas», «procesos democráticos» y el resto de la retahíla conocida para poner precio a eso que equivocadamente venimos llamando paz.

Por eso, debe producir cierta sorpresa entre los interesados que los Gobiernos vascos y central reciban con tanto alborozo que los presos de ETA –la mayoría– se adhieran a un documento que pone sobre la mesa los objetivos con los que el terrorismo se ha querido legitimar y ha justificado su persistencia criminal.

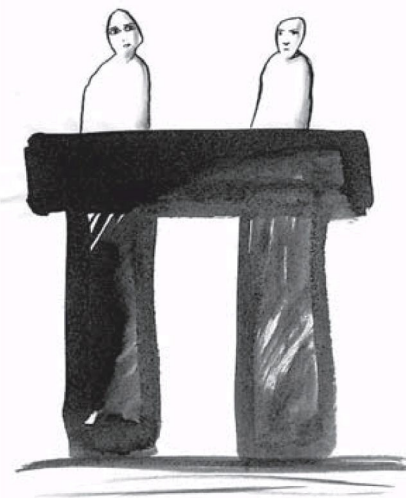
Ahora bien, si estos son los tiempos que corren, se explica que Patxi López se declare contrario a la condena a Otegui por el intento de reconstruir la ilegal Batasuna. La declaración de López coincide en su sentido con la del candidato socialista

que encuentra «paradójico» que Otegui esté en la cárcel mientras Bildu está en las instituciones. Tal vez Rubalcaba no se ha dado cuenta de que si se cambia el orden de los factores, la afirmación es cuando cobra su auténtico sentido porque lo realmente paradójico es que Bildu esté en las instituciones y Otegui en la cárcel.

Al lehendakari últimamente no le gusta ninguna decisión judicial que empañe la imagen de la izquierda abertzale que él mismo se ha prestado a avalar. Nadie puede dudar de la eficacia de López al prestar ese aval que hace de Bildu el parti-

do de la paz mientras él y sus compañeros insisten en infundir las sospechas más torvas sobre el partido gracias al cual ocupa Ajuria-Enea retratándole como un peligro si llega a gobernar.

Hacer de Bildu una garantía y del Partido Popular un peligro revela el deslizamiento de los socialistas hacia una estrategia sectaria con la que ellos mismos se están derrotando. Como demuestra la evolución electoral del PSE, es Bildu la única beneficiaria de este impagable trabajo de imagen que inexplicablemente se le está haciendo. Y lo es en un doble sentido. No sólo porque a Bildu se le han cancelado las responsabilidades que debería afrontar como heredera política de Batasuna. También porque es muy difícil, casi imposible, reconocer en la palabras y los gestos del lehendakari, en sus actitudes y sus estrategias, la letra y el espíritu de un pacto de Gobierno que se mantiene por la responsabilidad de quienes le apoyan mucho más que por la lealtad de quienes lo disfrutan. Esa sí que es una paradoja.



:: JOSE IBARROLA